

**SIGNOS
 DE LOS
 TIEMPOS**

Sucedió hace cuarenta años “*In memoriam*” del difunto 68

Joaquín Perea González. Director de Iglesia Viva. IDTP. Bilbao

Los acontecimientos de 1968 son un signo de los tiempos, un signo anticipador de nuestro tiempo. No es una exageración decir que los cuarenta últimos años que hemos vivido tuvieron su origen genético en 1968. El 68 es más que el mayo parisino como fenómeno paradigmático; no podemos olvidar la agitación estudiantil de todos los países de la Europa democrática, ni la primavera de Praga convertida en crudo invierno por la sangrienta invasión de los tanques soviéticos, ni las violencias raciales y sociales en Estados Unidos con el asesinato de Martin Luther King y de Robert Kennedy, ni la revolución cultural china o los enfrentamientos bélicos en Vietnam y en Biafra. Fueron también los años de las dictaduras militares en América Latina (sin olvidar entre nosotros los desafueros de la dictadura franquista) y del *apartheid* en Sudáfrica.

Aquellas situaciones imponían un interrogante, tanto a la conciencia moral de la humanidad, como a la fe de los cristianos: ¿cabe asistir impotente, estupefacto y escandalizado a cuanto sucede, o hay que jugarse las propias seguridades en los conflictos y en las esperanzas de este momento histórico?

“Volver el mundo al revés sin tomar el poder”

Realmente “los acontecimientos” del año 1968 fueron muy complejos y extremadamente difíciles de interpretar. No voy a hacerlo porque soy del todo incompetente para ello. Después de 40 años aquellos acontecimientos están invadidos de mitos. Tanto a los críti-

SIGNOS DE LOS TIEMPOS

Sucedió hace 40 años.
 "In memoriam" del difunto 68

cos como a los defensores de los sucesos de la fecha, el 1968 les parece una ruptura en la historia moderna. Los espíritus se dividen al recordar ese año, al menos en dos interpretaciones radicalmente diferentes. Para unos esos acontecimientos expresaron una contestación destructora, ruinoso, apoyada en un pensamiento nihilista de inspiración más o menos nietzscheana, fueron un delirio colectivo frustrado por el primer impacto con la realidad. Para otros, fueron como la profecía de una sociedad nueva, liberada de todas las opresiones impuestas desde el exterior. Entre esas dos interpretaciones antagónicas es difícil escoger; probablemente ni la una ni la otra reflejan la realidad objetivamente.

Tras la tremenda catástrofe de la guerra mundial se había reconstruido un mundo. Materialmente. ¿Quiénes habían pensado en los fundamentos de un mundo espiritualmente nuevo? Los llamados padres de la Nueva Europa. El miedo de retornar a los horrores criminales era muy fuerte, pero no hasta el punto de impedirles pensar en un futuro distinto. Por desgracia aquellos padres no fueron verdaderamente comprendidos ni seguidos. La primera generación nacida en la posguerra prefirió no afirmar certezas demasiado dogmáticas. ¿De quién se podía esperar el camino de la felicidad después de lo vivido entre 1939 y 1945?

De ahí que los jóvenes del 68 se consideraron a sí mismos como "los hijos de nadie". El futuro inquietaba, incluso angustiaba, se fustigaba "la sociedad de consumo" —expresión novedosa entonces—, aumentaba la estupefacción ante el crecimiento exponencial de la población mundial y el temor de ser sumergido por las naciones jóvenes mantenidas al margen de nuestro enriquecimiento. ¿Dónde se encontraba la esperanza que había que transmitir?

El fenómeno del 68 se originó en Estados Unidos. Los movimientos californianos de estudiantes se expandieron rápida-

mente por el mundo y llegaron a Europa como un terremoto. El mayo parisino irradió con sus eslóganes: "La imaginación al poder", "El sueño es la realidad". No fue sostenido por obreros, integrados ya en la clase media, sino por intelectuales y estudiantes que se sentían frustrados precisamente por ese mundo burgués, mimado de bienestar, por las concepciones transmitidas de sus valores, por sus instituciones y sus "represiones". Una poderosa voluntad internacional de reforma nace, al menos programáticamente. ¡Fuera con toda clase de "cultura de la sumisión", con "el aburguesamiento y la abstinencia política"!

Lo que verdaderamente apasionó en aquella nueva encrucijada fue la libertad de palabra. Surgían cuestiones nunca planteadas, que concernían a la vida económica y social, a las relaciones políticas, a la existencia humana, al sentido de la vida... Es verdad que esas cuestiones eran muchas veces asfixiadas bajo la ganga de las ideologías, de las explicaciones simplistamente englobantes, de las interpretaciones prefabricadas, que paradójicamente hacían imposible la palabra libre proclamada. Pero también es verdad que ningún acontecimiento, ninguna palabra puede pretender decir todo lo humano.

Se cuestionaron las instituciones totalizadoras. El 68 fue una gran reivindicación de libertad, fundada sobre la prioridad del sujeto ante la ley y sobre la reconciliación de cada ser humano consigo mismo. Se afirmó el conocimiento de sí propio a través de la autoconciencia y del deseo de liberación en todos los órdenes. Aquel año irrumpió la subjetividad en la escena social y política. Reapropiación de la política, democracia directa, antiautoritarismo, movimientos de base y desde abajo.

Muchos elementos centrales de la cultura tradicional fueron descabalgados. Se necesitaba salir de la cultura de la totalidad impresa desde la Edad Media en el pensamiento de occidente. Se estimuló la espontaneidad; la creatividad se festejó como derecho y

como deber. Se tejieron nuevas solidaridades. Se dio entonces una gran "comunicación de idiomas", de culturas, de sueños: fue el comienzo de la globalización. El feminismo recibió un fuerte impulso: se descubrió el cuerpo como sujeto político y la sexualidad como lugar de la opresión. Las mujeres dieron un paso decisivo para la afirmación propia como persona individual, no dependiente, no subalterna, responsable de sí misma y dotada del derecho a decidir. Ellas ensayaron y escensificaron su liberación del patriarcado. Comenzó el debate sobre el género.

Para muchos, en última instancia, se trataba de un parto, del nacimiento de una persona nueva emancipada, de una sociedad "nueva", sin alienación ni represión, de la creación de un mundo nuevo, apenas entrevisto con ojos inseguros, todavía incapaces de distinguir el vacío de la plenitud.

El camino para ello no se debería franquear por medio de una revolución violenta. No porque faltaran sujetos decididamente revolucionarios, que luego se unieron en grupos terroristas como el de Baader-Meinhoff en Alemania. Más bien el camino hacia la sociedad universalmente liberada del futuro debería ser allanado por reformas, o sea por pequeños pasos que sin embargo prometieran éxito en el marco de una nueva estrategia de conflicto. Se emprendía la larga y lenta "marcha por medio de las instituciones".

Los cristianos, como no podía ser de otro modo, fueron afectados por el cambio social ("una relación dialéctica", se dice desde entonces). En el hervor de aquellos meses muchos creyentes se encontraron ante la necesidad de renunciar a la ilusión de decir una palabra última, definitiva, incontestable. Tuvieron que volver a aprender a decir la fe fuera de las palabras hechas, del lenguaje de la tribu, para ensayar una palabra parcial, insatisfactoria, discutible, pero que podía ser en verdad una palabra dicha con autenticidad y, por ello, suscitada por la fe en Jesús.

En la Iglesia católica el 68 empezó el 65

El 68 cristiano tuvo sus peculiares características y jugó un papel ambivalente: por una parte aceleró el proceso de reforma iniciado en el Concilio; por otra parte marcó el comienzo de una fase de tensiones con la jerarquía que perduran en nuestros días.

Puede decirse que el Concilio representó para la Iglesia una especie de 1968 *avant la lettre* y que sus enseñanzas constituyeron un giro copernicano en el modo de ser de la Iglesia. Liquidó el rechazo de la modernidad y abrió un nuevo camino bajo la consigna del diálogo y de la confrontación con la historia. Desgarró la cortina del templo, permitió que el viento fresco del Espíritu penetrara en todas las instituciones. La Iglesia, de la que se afirmaba que fuera de ella no había salvación, se pensó a sí misma como histórica y relativa. El Vaticano II recordó el fundamento divino de la libertad, arrancándola de su contradicción con la verdad, la radicó en el sagrario de la conciencia, cuyos dictámenes cada uno debía seguir sin ser "ni constreñido ni impedido". Se abatieron los muros de enemistad entre las diversas Iglesias cristianas, se saludaron los caminos de gracia en las otras religiones, se apreció cuanto de bueno y justo existía en todas las culturas. El Concilio manifestó una elevada idea de la política, celebró el valor permanente de la democracia, desproveyó de aval religioso y fundamento eclesial a cualquier opción política concreta así como a la necesidad de unión política de los católicos, reconociéndoles la legitimidad de opiniones diversas. ¿Cómo no ver en todo esto una anticipación profética de los acontecimientos del 68?

El Concilio Vaticano II constituyó un impulso innovador extraordinario, supo absorber y relanzar la dinámica democrática de aquellos años, abrió los horizontes a senderos inéditos de búsqueda, puso en marcha un "proceso conciliar" de revolución cultural dentro de la misma Iglesia. Se hablaba de un *hacerse* Iglesia.

Y provocó un maremoto

El primer posconcilio fue el caldo de cultivo que determinó la participación de muchas comunidades cristianas, y en particular de muchos de sus jóvenes, en los movimientos nacidos el 68. La tensión renovadora producida por el Concilio —que se dirigía a formas de mayor participación en el interior de la Iglesia— y los profundos cambios ocurridos en la sociedad (cambios en los que el Concilio había animado a participar bajo el signo de la justicia y de la solidaridad) provocaron la intervención de muchos creyentes en los procesos de renovación dentro y fuera de la Iglesia. Percibían el momento como una ventana abierta para lanzarse a abrazar la vida en el mundo en cuanto espacio primero del reino de Dios. Para muchos cristianos los dos acontecimientos, el Concilio y el 68, no podían separarse, estaban estrechamente relacionados.

La tensión cultural y el terreno teológico y social de la Iglesia tuvieron cambios radicales. Las corrientes de izquierda cristiana se comprometieron en un trabajo intenso en algunas grandes cuestiones: la paz y la guerra, la lucha por la socialización de los medios de producción, la democratización no solo formal sino material de las sociedades, la revisión de las estructuras institucionales intermedias de la sociedad, la relación entre el varón y la mujer, la concepción de la familia y, sobre todo y abrazándolo todo, la relación entre fe y política.

Se buscó de forma hambrienta el diálogo teológico con la modernidad: la ilustración, el idealismo, el marxismo, la teoría crítica. La base social se convirtió en el punto central de su interés.

En el interior de la Iglesia universal se manifestaron cada vez con mayor claridad iniciativas y reflexiones provocadas por la rehabilitación del papel de los laicos propuesto por el Concilio. Surgió un pulular de iniciativas no solamente de carácter eclesial,

sino también abiertas a los problemas culturales y políticos. Muchas de estas últimas buscaban afrontar decididamente el tema de la laicidad, cuestionando las ingerencias clericales de la jerarquía en las cuestiones políticas, pero también todo sectarismo ideológico de carácter marxista.

Los creyentes se encontraron en el compromiso social y político con los no creyentes: ateos, agnósticos, gente de toda extracción animada del mismo deseo de cambio frente a los problemas del capitalismo, la inmigración, el colonialismo, el feminismo...

Los movimientos de izquierda cristiana se configuraron como una especie de anticapitalismo espontáneo "desde abajo" que se encontró con el filón cultural del marxismo democrático. Se pensaba que los dos impulsos de un proceso revolucionario eran el profetismo del evangelio y el análisis científico del marxismo. Nació el desafío al beneficio como pensamiento único, es decir, a una ideología dominada por los "valores" del materialismo y del egoísmo como absolutamente contradictorios con el pensamiento cristiano.

Se veía la aplicación práctica de este ideal en las corrientes de la Teología de la Liberación en América Latina y África y de la Teología política en Europa, porque ellas recogían las dos grandes instancias de emancipación: la experiencia de los grandes movimientos revolucionarios, críticos para con las relaciones de poder y de dominio; y el mensaje de Jesús, recibido con toda su carga de ruptura y contestación del orden existente. Se pedía la salida de la Iglesia de la cautividad burguesa. De aquí las demandas de reforma de la Iglesia. En la línea de las dos grandes constituciones del Concilio se pedía más democracia y participación "hacia dentro" en la Iglesia; y "hacia fuera", solidaridad con el Tercer Mundo y más justicia en todo el orbe. El dinamismo global del movimiento se propuso como programa una meta: un "catolicismo crítico".

Esos movimientos seculares católicos que se encontraron con las ideas del socialismo democrático no querían aguachinar la vocación cristiana, sino buscar de forma tensa y experimentar una relación entre fe y política más cercana al evangelio. En muchos casos estas búsquedas fueron "deploradas" por la jerarquía.

También los curas se vieron afectados por el huracán en la revisión de su ministerio. Era prioritario "encarnarse" en la comunidad humana y cristiana; no situarse al lado ni por encima. Había que reinventar el ministerio como servicio, acompañamiento, testimonio, rechazo de privilegios clericales. Por todas partes florecían experiencias y búsquedas de nuevas vías ministeriales que rápidamente fueron reprimidas por la autoridad jerárquica como imprudencia o atentado a la unidad de la Iglesia.

Pero los impulsos esenciales provinieron de abajo, a menudo con una "obediencia que se adelanta" (se decía) y no pocas veces con sanciones para los afectados que dejaron tras de sí heridas para toda la vida y que condujeron a estigmatizaciones intraeclesiales. ¡Cuántos presbíteros y laicos considerados "de izquierdas", por ejemplo, fueron aislados eclesialmente durante decenios, sospechosos o incluso marcados a fuego! No ha de olvidarse el nutrido número de secularizados y sus mujeres, cuya competencia espiritual y pastoral las más de las veces se perdió para la vida global de la Iglesia por ese aislamiento.

Hay que valorar las auténticas traducciones latinoamericanas del Concilio, con su momento central en Medellín (agosto de 1968). A través de su opción por los pobres realizó un cambio de ubicación formalmente revolucionario de las Iglesias locales con resultados considerables para la Iglesia universal. Se puso ante la mirada el pecado estructural de la insolidaridad global.

Es la época en que nacen con fuerza por todas partes en Europa las comunidades de base a imitación de lo que sucedía desde

hacia tiempo en América Latina. Prioridad de la Sagrada Escritura, sacerdocio universal de los creyentes, función ministerial de los ordenados, compromiso con los pobres, estrecha vinculación de fe y política eran alguno de los principios fundamentales de dichas comunidades. En el conjunto de la Iglesia surgieron muchos grupos, entre ellos algunos de presbíteros, de carácter reformista que jugaron un papel nada desdeñable en la renovación eclesial. Significativos fueron los esfuerzos por alcanzar una vinculación internacional de esos grupos, con encuentros en diversos lugares. La frase "*Ecclesia semper reformanda*" se convirtió en divisa en todas partes, respaldando la revolución cultural conciliar, con la "supresión" de la eclesialidad tridentina y su teología neoescolástica. La nueva perspectiva se llamó Iglesia como red de comunidades de base alternativas. Este movimiento de cristianos críticos se encontró, bien a su pesar, marginado por la institución eclesiástica y comenzó a considerarse como Iglesia del disenso, aunque la expresión no era compartida por todos dada su resonancia negativa.

No por casualidad se convirtió en el centro del interés la cuestión de la democracia y la figura de la Iglesia: división de poderes en lo posible, al menos de la jurisdicción administrativa en la Iglesia. Se planteó la cuestión de "los derechos de los cristianos". Los sacerdotes obreros hicieron una aportación ejemplar a la superación de la eclesialidad burguesa.

Con todo, no se puede olvidar que fue en agosto de 1968 cuando Pablo VI publicó la encíclica *Humanae vitae* sobre la regulación de los nacimientos. La drástica actitud del Papa provocó una fuerte reacción y surgió un conflicto de connotaciones lacerantes. El diálogo entre magisterio, teología y sentido de la fe del pueblo de Dios sufrió un duro golpe con la afloración de actitudes de desconfianza recíproca. La situación de crisis que se abrió entonces no ha sido sanada después.

SIGNOS DE LOS TIEMPOS

Sucedió hace 40 años.
 "In memoriam" del difunto 68

Más aun, el 68 resultó paradójico para la Iglesia. Tras haberse reconciliado en el Concilio con el mundo y haberlo abrazado con una fuerte corriente de simpatía, he aquí que el 68 acusaba al mundo de brutalidad, represión, alienación y lo hacía pedazos con el propósito de construir uno nuevo. La Iglesia se encontró desplazada, le habían cambiado la baraja y algunos sufrieron un trauma imborrable (es la crisis que se atribuye al perito conciliar J. Ratzinger, que hizo dar un giro a su pensamiento).

2008: ¿queda algo del 68?

Como señalábamos al comienzo, el 68 es objeto por parte de algunos de ataques de particular virulencia. Sus actores principales han cambiado radicalmente desde entonces. Muchos de los que esperaban el hundimiento del mundo burgués y la revolución mundial no se sabe dónde están. El entusiasmo espontáneo de la izquierda ha desaparecido, quedan restos de una rancia jerga de emancipación y de una expectativa de justicia de reparto que se dirige al estado de autoridad. Muchos han hablado de liquidar aquella herencia, de volver la página y retornar a lo serio y a lo sólido. El propio Daniel Cohn-Bendit, en línea con su última orientación ideológica, ha escrito un libro que se titula *"Olvidar mayo de 1968"* contra la manía conmemorativa de su 40º aniversario.

Ciertamente las críticas al 68 son graves y serias. No son pocos los que afirman que a los del 68 les faltó sobrio sentido de la realidad y que sufrieron una credibilidad ideológica-utópica enfermiza. Sus promesas de futuro cuasi-religiosas, aunque completamente secularizadas, eran tan infundadas y vagas que las ciencias sociales empíricas no podían seriamente asumirlas. En su anhelo de cambio y en su voluntad de reforma se manifestaban rasgos revolucionarios verdaderamente ilusos. Se percibía una autoseguridad inflada y un desdén de la tra-

dición, que denotaban muchas veces el enfrentamiento militante con el sistema por sistema. El drama de los hijos bien dotados entre grandiosidad y depresión conducía a una pérdida de realismo que en el caso peor repercutió en la autodestrucción. El movimiento terrorista del grupo Baader-Meinhoff reveló la magnitud y el espanto de este autoempoderamiento formalmente mesiánico. ¡Cuánto quedó pendiente, cuánto fracasó finalmente por la sobrevaloración de sí mismos y la falta de aliento de los jóvenes, pero también por la oposición tenaz de los mayores con sus particulares redes y vinculaciones al poder!

Como era de esperar, los ataques han surgido también en los campamentos eclesiales conservadores. No hace falta ser un lince para sospechar que la razón está en que se pretende descalificar a quienes hoy continúan luchando para que no se pierda aquel patrimonio de energías y de conquistas.

La Iglesia aparece cada vez más en actitud de autodefensa, cada vez más volcada a las orientaciones sociales conservadoras, cada vez más en búsqueda de sólidas alianzas. La jerarquía entiende su enseñanza como el megáfono de Dios. Es preciso relanzar el producto católico con nuevas formas de propaganda y suscitar hijos devotos de la Iglesia. Hay que tomar distancias del proyecto para el que el 68 había abierto senderos significativos y que el Concilio había antes señalado. Los guardianes del sábado actúan con eficacia para apagar el fuego conciliar.

Los carismas parecen haberse disuelto en el del magisterio. Hoy hablan muchos no sin motivos de una nueva clericalización. Los laicos se sienten de nuevo bajo tutela y limitados, a veces por los, de todos modos, escasos presbíteros jóvenes que llegan (¿demasiado pronto?) a puestos de dirección y a menudo parecen no estar a la altura de ellos tanto humana como espiritualmente (lo cual naturalmente también puede ser válido para los mayores).

Los espacios de autonomía que el Concilio había reconocido a los laicos y a la teología han sido recortados casi hasta la desaparición. Las voces críticas han sido reducidas a un número cada vez más exiguo. Una Iglesia así alimenta los miedos y la tentación de caminar hacia el gueto.

No menos "tensional" es la determinación de la relación de Iglesia universal e Iglesia local y la del Papa y el colegio de los obispos, necesitadas de clarificación desde el Concilio. ¿Son los obispos de hecho vicarios generales del Papa? ¿Pueden ellos defender el sentido de la fe de los creyentes de forma vinculante?

Sigue pendiente la pregunta acerca de qué quiere decir Dios a su Iglesia cuando hay tan pocas vocaciones al presbiterado.

La herencia del 68 resulta insoportable para muchos hoy, especialmente para muchos jóvenes presbíteros. Asumir la libertad de una palabra falible, provisional, pero verdadera. Aprender a hablar aceptando que la palabra sea un riesgo, que no alcanza sentido más que al ser recibida y también criticada o incluso rechazada por el interlocutor y que ha de nutrirse con la palabra de los otros. Eso resulta muy difícil para quienes prefieren el dogmatismo clerical.

Se trata en buena parte de un fenómeno generacional. "Vosotros sois los del 68; nosotros los del 2008; nosotros volvemos de nuevo a la tradición". En este contraste no solo se percibe la marcación del territorio entre viejos y jóvenes, tan corriente en toda evolución, sino que resuenan una conciencia programática de cambio y una reivindicación de futuro. "Vosotros", la generación del Concilio, los del 68, habéis traído libertad y permisividad, o sea, caos y arbitrariedad. "Nosotros", los de 2008, nos atenemos a la tradición que significa orden, fidelidad a la transmisión de la fe y unidad de la Iglesia.

Ahora bien, ¿no existe hoy el peligro de una privatización de la fe, de un recorte no solo del evangelio, sino también de la reali-

dad eclesial y de su servicio a la humanidad, a pesar de tantos discursos enfáticos acerca de una Iglesia misionera? El peligro de la reprivatización de la fe ante a la impotencia experimentada y padecida "en estas circunstancias", "en esta situación", parece considerable globalmente hablando.

"In memoriam" del 68

Precisamente por eso vale la pena hacer memoria del 68 y de su repercusión en la vida de la Iglesia. ¿Qué es lo que ha de movernos en la mirada retrospectiva a 1968 y ha de ser permanentemente importante para los próximos pasos a dar, cuál es su lección para hoy?

Que osemos decir la fe cristiana en las experiencias, las interrogaciones, las dudas y las complejidades de nuestra época.

Las críticas que hemos recogido, aunque sean objetivas, no deben hacernos olvidar los aspectos enormemente positivos del fenómeno. A los méritos del 68 en su conjunto pertenecen su voluntad incondicional de cambio, su olfato para con las relaciones humanas y sociales adulteradas y su intuición para con las tareas a emprender. Se revisó con esfuerzo todo lo que había significado la modernidad. Se lanzó el desafío de la alianza de actuación entre los trabajadores y los intelectuales. Se erigió como meta inmediata la aspiración a la justicia social, la crítica de todo poder absoluto, el rechazo de todo dogmatismo. Muchas de aquellas propuestas no se alcanzaron ciertamente pero siguen siendo un desafío.

En estos comienzos del siglo XXI nuestra sociedad escéptica debe mirar al futuro. El futuro da miedo a muchos, jóvenes y adultos. Nuestros horizontes son limitados. Las perspectivas actuales de la Europa de los 27 son muy confusas y cada vez más cerradas. Frente a este futuro incierto, a un tiempo que no es precisamente portador de promesas, resulta tentador e incluso fácil volverse hacia un pasado mitificado y soña-

SIGNOS DE LOS TIEMPOS

Sucedió hace 40 años.
 "In memoriam" del difunto 68

do, más que real. ¿De dónde sacar hoy la fuerza y el valor para al menos desarrollar visiones a medio plazo y formular correspondientemente las opciones que van más allá del narcisismo del propio bienestar?

La frase del mayo parisino "la imaginación al poder" era para muchos un eco de la fuerza utópica de la fe. Hoy la tan citada "complejidad de la realidad" parece llevarnos a una indecisión paralizante e impotente. En unos se da una resignada adaptación y sometimiento a las circunstancias, en otros una decisión forzada, excesivamente fatigante, fundamentalista en la actuación. Lo más peligroso es la conformidad con el statu quo, ese supuesto y autoafirmado sentido de la realidad que se alimenta de lo existente y lo sublima "espiritualmente".

Se necesita hoy día de forma manifiesta un particular esfuerzo espiritual para desarrollar horizontes y visiones y trabajar tenazmente en su realización. La época del 68 puede entenderse como un taller del futuro con impulsos creativos, con esperanzas no agotadas, y con reducciones condicionadas por la época.

¿Qué tenemos que decir los cristianos ante esta situación de 2008? ¿Qué pistas nos ofrecen los tesoros de la sabiduría cristiana y el sentido de la persona humana que nos propone el evangelio? Nuestra tarea en esta época es descubrir en la historia humana los caminos salvadores de Dios que nosotros tenemos que servir. Nos toca pensar el presente con seriedad y profundidad practicando un discernimiento realista de nuestro momento histórico. Eso no es otra cosa que realizar una lectura de los signos de este tiempo. En medio de lo que desaparece o se borra, tenemos que descubrir lo que germina, desde luego dolorosamente, a partir de huellas modestas de generosidad, de don de sí, de tenacidad, de coraje. Nos corresponde poner de relieve y valorar, tanto en la sociedad como en la Iglesia, los resplandores de la aurora, que

son tan reales como las oscuridades del crepúsculo. Nos corresponde ser centinelas incansables del invisible reino de Dios que germina entre nosotros y en nosotros, comprometiéndonos en él con toda la energía de la que somos portadores los discípulos de Jesús, esa energía de la esperanza cristiana que no puede olvidar que la creación entera está dando a luz una humanidad nueva, liberada del miedo, de la injusticia y de la mentira (cf Rm 8, 18-22).

Preguntémonos cuál puede ser el resultado de la actitud de los creyentes si, en lugar de nuestra inmadurez y timidez para asumir las propias responsabilidades, en lugar de dejarnos llevar de temores al presente, nos dejamos guiar por la pasión a favor de la madurez de la esperanza, pasión convencida verdaderamente de que el evangelio "hace nuevas todas las cosas".

El año 2008 presenta un panorama profundamente cambiado respecto de 1968. Sin embargo siguen siendo horizontes y compromisos de plena actualidad la lucha por un mundo distinto y por una Iglesia pueblo de Dios. La ruptura que produjo el 68, los problemas que suscitó, los horizontes que abrió, no se podrán arrinconar. Aunque la opresión es más fuerte que lo sospechado entonces y la realidad más compleja, el viento del Espíritu sigue soplando. Los surcos entonces abiertos nos permiten vivir intensamente el presente y mirar constructivamente al futuro. Con esperanza de nuevo en palabras libres. Como la palabra de Jesús es libre, arriesgada.

Quizá necesite la Iglesia un nuevo 1968. O quizá un nuevo 1965, un nuevo concilio que afronte con serenidad y de modo verdaderamente colegial las nuevas cuestiones emergentes, a menudo complejas y dramáticas, resucitando en medio de las dificultades del presente la pasión por nuestra historia y dando un nuevo espacio a las razones para la esperanza.